

DON ÁLVARO O LA FUERZA DEL SINO DEL DUQUE DE RIVAS Y EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ DE BENITO PÉREZ GALDÓS

DON ÁLVARO O LA FUERZA DEL SINO BY THE DUQUE DE RIVAS AND EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ BY BENITO PÉREZ GALDÓS

*Alan E. Smith**

RESUMEN

Don Álvaro o la fuerza del sino, del Duque de Rivas, influye en el primer *Episodio Nacional* de la segunda serie de Benito Pérez Galdós, *El equipaje del Rey José*, con su compartido discurso del enfrentamiento fratricida.

PALABRAS CLAVE: Galdós, Duque de Rivas, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, *El equipaje del Rey José*, romanticismo, fratricidio.

ABSTRACT

Don Álvaro o la fuerza del sino influences the first *Episodio Nacional* of the second series by Benito Pérez Galdós, *El equipaje del Rey José*, with its shared discourse of fratricidal conflict.

KEYWORDS: Galdós, Duque de Rivas, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, *El equipaje del Rey José*, Romanticism, fratricide.

En este breve estudio consideraremos la influencia de la obra cumbre del duque de Rivas en el primer episodio de la segunda serie de *Episodios Nacionales* —es decir la serie que representa una España escindida ya en guerra civil— *El equipaje del Rey José*, novela publicada en 1875, y fechada en junio-julio de ese año.

La importancia de *Don Álvaro o la fuerza del sino*, estrenada el 22 de marzo de 1835 en el Teatro del Príncipe de Madrid, el actual Teatro Español, para la consolidación del Romanticismo en España es análoga a la de la tragedia *Hernani*, de Víctor Hugo, para la literatura francesa (estrenada en 1830 y representada en España en 1836). Menéndez y Pelayo considera el drama de Rivas, «a no dudarlo, el primero y más excelente de los dramas románticos, el más amplio en la concepción, y el más *castizo* y *nacional* en la forma» (citado en Andioc: 1982, 82).¹

La obra fue asociada al *Edipo* de Sófocles en seguida,² debido al impulso trágico que la sacude. El *establishment*, encarnado por el marqués y su familia, está en profunda descomposición, y representa a estas alturas de la historia una regresión a formas culturales anteriores a las estructuras productivamente articuladas de las sociedades humanas, pues la forma trágica, en todo caso, se encarna dentro del núcleo familiar, operando trastornos en su seno, incestos, parricidios, matricidios, fratricidios. Examinaremos el fratricidio, explícito o simbólico, que une la obra del duque de Rivas con la de Galdós, pero primero veamos cómo esa obra romántica se recuperó en la época de la consolidación del Realismo.

RECUPERACIÓN DEL *DON ÁLVARO* Y CONOCIMIENTO GALDOSIANO DE LA OBRA

Pocos días después de la muerte del duque de Rivas, acaecida el 22 de junio de 1865, un joven periodista, Galdós de segundo apellido, publica unas emotivas palabras como nota necrológica en el número del 2 de julio de *La Nación*, dentro de su habitual contribución, a la “Revista de la Semana”:

En esta semana ha perdido España a uno de sus más ilustres hijos, al duque de Rivas, eminente poeta y patricio insigne, al autor del *Moro expósito*, de *Don Álvaro* y de *La revolución de Nápoles*.

* Boston University.

El sentimiento ha sido tan profundo y general, como modestas las honras fúnebres del finado, que ordenó en sus últimos instantes la supresión de esas pompas con que adornan su último lecho los muertos vulgares, de esas ceremonias con que se satisfacen los orgullos de ultratumba, verdaderos trofeos de una supuesta gloria, con que en la muerte se envanecen los que en vida no se esclarecieron por su genio o sus virtudes.

El duque de Rivas ha bajado al sepulcro con la solemne modestia de los grandes hombres, de los que dejan bastante recuerdo en los corazones amigos, bastante vacío en las letras españolas para no necesitar esa gloria trasnochada que se engalana con el oropel de exequias escandalosas.

Una reunión de literatos ha discutido las solemnidades que han de celebrar la memoria del célebre poeta, y entre ellas la más acertada es la representación, en el teatro del Príncipe, del drama *Don Álvaro o la fuerza del sino*, que ha sido desterrado de la escena durante muchos años; más que por falta de actores que lo desempeñen, por sobra de obrillas traducidas o mal engendradas que con tanto placer saborea el público de estos tiempos (Galdós: 1865, 1).

Se palpa la auténtica devoción del joven escritor en estas palabras. En ellas nota Galdós que «durante muchos años» no se representaba el *Don Álvaro*, y da la noticia de que se quiere homenajear a su autor con una reposición. Noticia de ese proyecto se publicó diez días después en *La América* (12 de julio de 1865, p. 4):

Según estaba anunciado, [-comienza la nota-] tuvo lugar en el teatro de la Zarzuela, la reunión literaria para proponer y acordar los medios de rendir un digno tributo a la memoria del ilustre escritor señor duque de Rivas (...) Se acordó asimismo celebrar una función dramática en el teatro del Príncipe, compuesta del drama del inolvidable poeta, *Don Alvaro o la fuerza del sino...*³

Pero, como tantas buenas iniciativas, costó mucho trabajo realizarla. En el *Diario de Avisos*, unos tres años y medio después, el 22 de enero de 1869, leemos: «En el teatro de Novedades se ensaya actualmente varias obras no representadas hace tiempo en esta capital. La primera con que reanudará sus tareas parece que será *D. Alvaro o la fuerza del sino*».

De nuevo, queda constancia de que no se había representado esta obra de teatro desde «hace tiempo». Sin embargo algún tiempo más será necesario para su reposición. No es hasta un par de años más tarde, concretamente el sábado, 11 de febrero de 1871, que se realiza este proyecto tan deseado, la primera reposición de esta obra maestra del romanticismo, «a beneficio del primer actor, Sr. Vico», como reza el anuncio en *El Imparcial*, del once de febrero de 1871 (p. 4). Esta obra no consta en el número anterior, del 10 de febrero, luego el 11 es el primer día de la recuperación de *Don Álvaro o la fuerza del sino* en Madrid después de largos años de olvido. Ya no se ausentará esta obra de los teatros madrileños, contando con representaciones en 1873, 1874, 1878, 1879, 1880, 1881, etc., frecuentemente varias representaciones en un año.⁴ Galdós fecha *El equipaje del rey José* en Madrid en junio-julio de 1875, como vimos; antes de su terminación, el *Don Álvaro* se había llevado a los escenarios madrileños en dos ocasiones más, tras su reposición de 1871: en enero de 1873 y en noviembre de 1874 (*La Iberia*, 1 de enero, p. 4, teatro Alhambra; *La Correspondencia de España*, 11 de noviembre, p. 3 en Novedades). En vista de la necrología del joven Galdós de 1865, y la presencia casi constante en los teatros madrileños después de su reestreno en 1871 —tanto es así que llegaría a disputar el puesto preeminente en las tablas del *Don Juan Tenorio* como drama romántico icónico—, lo extraño no es que Galdós conociera perfectamente bien esta obra fundamental de la literatura romántica española, sino que no la hubiera conocido.

“TIERNOS AMIGOS, DOS CARIÑOSOS HERMANOS”... QUE SE MATAN

En la jornada III de *Don Álvaro o la muerte del sino*, Álvaro, bajo el seudónimo de don Félix de Avendaño salva la vida en una desigual riña callejera a don Carlos de Vargas, hermano vengativo de Leonor, que se presenta como don Fadrique Herreros. Este acto noble de salvarle valientemente la vida don Álvaro a don Carlos une a los dos oficiales del ejército de Don Carlos de Borbón en Velletri,

Italia, donde los españoles luchaban contra las tropas austriacas, guerra que España, junto con su aliado Francia, ganaría, estableciéndose Carlos, el futuro Carlos III de España, como rey de Nápoles. En pleno romanticismo, es decir, en plena guerra civil, la primera guerra carlista, el Duque de Rivas busca y encuentra un campo bélico en que España aún luchaba contra una fuerza exterior. La terrible guerra civil personal de don Álvaro, con el hombre que pudiera haber sido su cuñado, con el amigo entrañable, a quien quiere fraternalmente, se coloca en primer plano contra el telón de fondo de una acción bélica contra una potencia extranjera. Pero, como veremos, Galdós desplaza el mismo tropo fratricida a otro telón de fondo: precisamente la guerra civil que el duque de Rivas había escamoteado.

En la escenas VIII de la III jornada y la I de la IV jornada, don Álvaro yace gravemente herido, como resultado de su temerario heroísmo en una batalla con los austriacos, y su entrañable amigo le sirve de enfermero, pero, impulsado por unas palabras de don Álvaro dichas en el delirio, abre un cofre donde encuentra un retrato de Leonor; habiendo descubierto este horrible secreto, conociendo que su amigo del alma es su enemigo mortal, vuelve a hablar con don Álvaro:

El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar.
Don Álvaro y Don Carlos.

Don Carlos

Hoy, que vuestra cuarentena
dichosamente cumplís,
¿de salud cómo os sentís?
¿Es completamente buena?...
¿Reliquia alguna notáis
de haber tanto padecido?
¿Del todo restablecido
y listo y fuerte os halláis?

Don Álvaro

Estoy como si tal cosa,
nunca tuve más salud,
y a vuestra solicitud
debo mi cura asombrosa.
Sois excelente enfermero;
ni una madre por un hijo
muestra un afán más prolijo,
tan gran cuidado y esmero.

Don Carlos

En Extremo interesante
me era la vida salvaros (Rivas: 2003, 135-136).

Por fin, le revela a don Álvaro que sabe su verdadera identidad, y lo incita a un duelo, al que don Álvaro se resiste, queriendo, inútilmente, desviar el curso fatal de su trayecto terrible. Al revelarles don Carlos que Leonor aun vive, a quien don Álvaro consideraba muerta, el indiano exclama:

¡Don Carlos!... ¡Señor!... ¡Amigo!...
¡Don Félix!... ¡Ah, tolerad
que el nombre que en amistad
tan tierno os unió conmigo
use en esta situación!
Don Félix, soy inocente;
bien lo podéis ver patente

en mi nueva agitación.
¡Don Félix.... ¡Don Félix!... ¡Ah!
¿Vive?... ¿Vive?... ¡Oh, justo Dios! (Rivas: 2003, 144).

Pero este intento fracasa, al prometerle don Carlos a don Álvaro que matará a Leonor una vez que termine con él. Y en el duelo mata don Álvaro a don Carlos.

En el duelo con el segundo hermano, don Alfonso, don Álvaro recibe la bofetada de ser insultado por su sangre impura, espuria, pues aquel le echa en cara que en su escudo habrá «algún cuartel de mulato, de sangre mezclada impura». Insulto que don Álvaro ya no puede soportar:

¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia
(*Toca el pomo de una de las espadas*)
os arrancará la lengua,
que mi clara estirpe insulta (Rivas: 2003, 178).

Veamos ahora la escena análoga en *El equipaje del Rey José*, el final de la novela galdosiana (cap. XXVIII). Al salir a batirse con Navarro, Monsalud se desmaya, a causa de su extrema desnutrición y cansancio, y Navarro comprende que no sería digno de él matar a un inválido. Decide cuidar de su enemigo, quien el lector conoce como su medio hermano, hasta que se reponga:

Monsalud se dejó levantar y conducir maquinalmente, apoyado en el brazo de su rival. Así anduvieron largo trecho, despaciosamente y sin hablar palabra. Parecían dos tiernos amigos, dos cariñosos hermanos, de los cuales el fuerte sostenía y amparaba al débil. Nadie al verlos hubiera dicho que entre ellos y en torno a ellos, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil. Caía la frente del uno sobre el pecho del otro, se enlazaban sus manos, se confundían sus alientos; pero no había ni la más mínima porción de afecto en aquel abrazo de muerte. Quizás el aborrecimiento mismo impulsaba al fuerte a ser generoso; quizás la propia causa impulsaba al débil a ser condescendiente. [Navarro se ocupa solícito, de alimentar a Monsalud, y dejarle que se recupere completamente. Por fin, terminado el periodo de convalecencia del joven jurado, prosiguen con su intención fratricida, y salen al campo a batirse] (Pérez Galdós: 2003, 191-192).

(...) Cuando se hallaban a buen trecho de la tienda, el renegado dijo a su enemigo:

-¡Navarro, Navarro!... Dios que nos mira sabe que no te tengo miedo... Acabas de hacerme un beneficio; mi corazón se oprime al pensar que puedo darte la muerte... Aguarda por Dios, a que te ofenda de nuevo, aguarda a que esta gratitud se disipe... Te aborrezco; pero un secreto respeto enfría mis rencores, cuando pienso que nos vamos a batir. A pesar de los horribles insultos que hace poco me has dirigido, te ruego que esperes, que esperes hasta mañana siquiera. Creo que debemos esperar. [Pero Navarro rechaza este ofrecimiento, y llegan a los insultos:]

-¡Mientes, bellaco! gritó Navarro abalanzándose hacia él con el sable desnudo. Defiéndete, hijo de nadie, miserable espúreo (...) [y Monsalud ya no puede resistir la necesidad de matar al que de tal forma le insulta].

Estaban en un sitio solitario, y la noche era oscurísima. Durante breve rato las dos hojas de acero se rozaron con disorde sonido. De pronto Navarro dio un grito terrible, inundado de sangre, cayó al suelo.

¡Dios mío!... ¡muero!... -exclamó con un rugido en el cual parecía que echaba el alma.

Y luego con voz expirante añadió:

-¡Padre!...

Monsalud hincó una rodilla en tierra y le miró el rostro, sin advertir que algunos hombres se acercaban (Pérez Galdós: 2003, 196-197).

En ambas escenas, pues escena es este episodio de la novela de Galdós, casi todo el diálogo, dos españoles, unidos por lazos de fraternidad, intuita o ignorada por ellos, pero a clara vista del lector, luchan a muerte. La ironía de ambas escenas es casi insoportable, produciéndose un estridente claros-

curo de amor y odio, contraste característico de la estética romántica. Ambos héroes son acusados por su antagonista de bastardo, espúreo. Así se establece la condición ‘extraña’ por no decir ‘exótica’ de las fuerzas del liberalismo y el progreso burgués en la novela galdosiana, pero también, creemos, en la obra del duque de Rivas. En ambas obras, el *outsider* intenta reconciliarse con su feroz enemigo fraternal, pero fracasa. La guerra civil entre españoles es insoslayable.

La relación que hemos visto es una indicación importante de que el realismo galdosiano en sus comienzos está ricamente fermentado por la levadura del discurso romántico. Y es el caso que Galdós, al igual que Clarín, no desprecia elegante e ignorantemente el Romanticismo. Al contrario, no sólo admiraba profundamente el romanticismo, al comienzo de su labor creativa, en los años 70, sino también a lo largo de toda su carrera, y, desde luego, incluso, en la época más ‘realista’ de su trayectoria. Si no, véase su carta a Clarín del 16 de abril de 1885 donde comenta la obra maestra del Ovetense:

Y voy a la madre del Magistral.

-Este personaje seduce por el relieve que V. le ha dado, por ese claro oscuro a lo Españolito que se observa en él desde que aparece. Me parece que esta figura es más grandiosa que verdadera. Se va un poco del lado romántico, lo cual no es defecto, ni mucho menos (Pérez Galdós: 2005/2006, 144).

No, defecto no es, ni mucho menos, y Galdós en productivo diálogo con esa explosión creadora y política de su propio siglo, también, como vimos, ‘se va un poco’ de ese lado.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDIOC, R., “Sobre el estreno del *Don Álvaro*”, *Homenaje a Juan López-Morillas. De Cadalso a Alexandre: Estudios sobre literatura e historia intelectual españolas*, ed. José Amor y Vázquez y A. David Kossoff, Madrid, 1982, pp. 63-86, (Cervantes Virtual).
- CUETO, L. A. de, “Discurso necrológico literario en elogio del excmo. Señor Duque de Rivas (continuación)”, *La América*, 27 de abril 1866, pp. 10-12, (Hemeroteca Virtual BNE).
- PÉREZ GALDÓS, B., *El equipaje del Rey José*, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- PÉREZ GALDÓS, B., “Revista de la semana”, *La Nación*, 2 de julio, 1865, p. 1, en *Los artículos de Galdós en La Nación*, ed. William Shoemaker, Madrid, Ínsula, 1972, p. 85.
- PÉREZ GALDÓS, B., “Sesenta y seis cartas de Galdós a Clarín”, intro. Jesús Rubio, ed. Alan Smith y Jesús Rubio, *Anales Galdosianos*, Vols. 40 y 41, 2005/2006, pp. 87-197.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M., *Obras Completas*, Vol. XII, Madrid, CSIC, 1942.
- RIVAS, Duque de (Ángel de Saavedra), *Don Álvaro o la fuerza del sino*, ed. Alberto Sánchez, Madrid, Cátedra, 2003.

NOTAS

- ¹ De: Marcelino Menéndez Pelayo: 1942, p. 269. Según Andioc, «(...) *Don Álvaro* contribuyó a abrir paso a una literatura dramática que, todo bien mirado, era mucho menos ‘extrangera’ y mucho más ‘española’ —aunque no tan ‘antigua’— de lo que opinaban algunos contemporáneos, no siempre buenos conocedores de la producción literaria de fines del XVIII (...) y separados de ella por las sucesivas conmociones políticas que sufrió el siglo siguiente» (Andioc: 1982, 86).
- ² Ver el artículo de Leopoldo Augusto de Cueto, en *La América*, 27 de abril 1866, “Discurso necrológico literario en elogio del excmo. señor Duque de Rivas (continuación)”, pp. 10-12.
- ³ Agradezco a la profesora Pilar García Pinacho el haberme proporcionado esta noticia.
- ⁴ Por ejemplo, hay anuncios en: *La Iberia*, 1 de enero de 1873, p. 4 en el Alhambra; *El Imparcial*, 2 de enero de 1873, p. 4 en el Novedades; *La Correspondencia de España*, 7 de noviembre de 1874, p. 3 en el Novedades; *La Iberia*, 5 de octubre de 1875, en el Apolo, con Vico; *La Iberia*, el 14 de diciembre de 1878, p. 4 en el Español; *La Unión*, 2 de enero de 1879, en el Español; *La Iberia*, 2 de marzo de 1879, en el Español; *El Imparcial*, el 11 de diciembre de 1879, p. 3, en el Teatro Martín, con el Sr. Yáñez; *El Globo*, el 21 de febrero de 1880, “mañana” con Rafael Calvo; *El Imparcial*, 4 de marzo de 1880, etc.